

EL DECLINAR DEL PANARABISMO

Julián Peñas Mora

Colaborador del IEEE.

Perspectivas históricas

Pasados ya el esplendor inicial de los tiempos del califato omeya, de Damasco; y abasida, de Bagdad; y la primera gran oleada de pueblos del interior de Asia, en este caso de selyúcidas turcos islamizados, en la época de las Cruzadas y conquista de Jerusalén, en julio de 1009, después de un asedio de 40 días, seguido por degollamientos y saqueos de mezquitas, el mundo árabe sigue siendo, desde España hasta Irak, tanto intelectual como materialmente, el depositario de la civilización más avanzada del universo. Pero precisamente en estos momentos es cuando pudiera situarse el toque de difuntos de la civilización árabe y el comienzo del auge que sobre ella va a imprimir Europa Occidental, atenuado durante algunos siglos por tulúnidas, gaznevidas y otomanos, hasta la total imposición política y física, en el siglo XX.

En tales momentos, los pueblos árabes, quizá agotados por la inmensa tarea realizada desde la muerte de Mahoma, en el año 632, daban ya señales de la existencia en su seno de una serie de taras, tales como:

- En primer lugar, la pérdida de la dirección de sus propios destinos, iniciada ya en pleno siglo IX, cuando una buena parte de sus dirigentes eran extranjeros, aunque arabizados culturalmente. Así, lo fueron tanto Nural-Din, como Qutuz, ambos turcos, Al-Afdal, armenio, Saladino y Al-Kamel que eran kurdos, como los que, a partir de 1055, ejercían su voluntad sobre el califa de Bagdad que no era más que una dócil marioneta en sus manos cuando, por vez primera, desde hacia 300 años, todo el Oriente árabe musulmán se halla reunido bajo la autoridad de una dinastía única que proclama su voluntad de rehacer el glorioso pasado. Lo que es más grave es que un elevado número de guerreros de las estepas, sin vinculación con la civilización árabe, se han ido integrando regularmente en la casta militar dirigente. Los árabes, como pueblos dominados y extraños incluso en sus propias tierras, se ven sin ánimo para continuar el impulso que habían iniciado, en el siglo VII, desbordados por otros grupos étnicos a los que superaban culturalmente pero que son ahora sus dominadores.
- En segundo lugar, carecen de capacidad para crear instituciones duraderas, pues toda Monarquía se veía amenazada por la inestabilidad en cuanto se producía el fallecimiento de su monarca y en la que la guerra civil era secuela obligada de toda transmisión de poder, reflejando quizá el origen casi nómada de los propios árabes y la falta de tiempo para que se estableciera sólidamente el sedentarismo. Esta tara sigue dejando ver sus efectos en nuestros días.
- En tercer lugar, la inexistencia de un sistema que proteja las libertades de la persona contra la omnipotencia del poder, monárquico por aquellas fechas, cuando en cambio, en Occidente, los señores feudales, las universidades, la burguesía e incluso los

campesinos disfrutaban ya de unos derechos que estaban claramente definidos, formando estamentos de mayor o menor presencia e influencia en la vida política de la sociedad.

- Por último, ellos que habían transmitido a Europa Occidental la herencia de la civilización griega y sus conocimientos en Medicina, Química, Geografía, Arquitectura y Matemáticas se veía superados por sus alumnos.

A causa de estas taras, el mundo árabe se fue encerrando en sí mismo, a la defensiva, haciéndose estéril e intolerante, mientras el mundo exterior a él sigue su evolución, conquistado de lleno por el modernismo, al que el mundo árabe se presenta ajeno y esquivo.

Y como lo dicho del arabismo es aplicable, posteriormente, también al islamismo, cabe preguntarse sobre el papel que ha tenido en esta involución la filosofía religiosa musulmana. Hoy día, seguimos asistiendo a una alternativa, frecuentemente violenta, entre unas fases de occidentalización forzada y de integrista xenófobo y radical.

El hecho es que, al comenzar el segundo milenio de nuestra Era, el mundo árabe se siente sorprendido y atemorizado por unos «bárbaros» que llegan en su osadía y atrevimiento a disputarle el dominio de tierra, como se dice recién conquistadas por sus antepasados, resultando frecuentemente curioso comprobar la influencia que todavía siguen ejerciendo en el mundo árabe los acontecimientos que ocurrieron entonces y cómo sus responsables políticos y religiosos se remiten, constantemente, a la época de las Cruzadas, con la caída de Jerusalén y posterior reconquista, haciendo un paralelo con la presencia actual, en el Oriente Medio, de Israel y sus ciudadanos judíos.

Presente y pasado inmediato

Según un ilustre profesor de la Sorbona, el árabe actual da la impresión de vivir bajo un cierto tipo de esquizofrenia, compendio de una ambivalencia de comportamiento entre el pensamiento y la realidad, con pérdida de contacto con ésta, encontrándose bajo la influencia de una oposición entre el beduinismo y el sedentarismo, entre el sueño de un imperio y el enraizamiento en sus particularismos, entre la tentación de entregarse al occidentalismo y el simultáneo temor a sufrir su agresión, entre la voluntad de modernizar el islam y la esperanza de refugiarse en él como último recurso. De otra parte, según el mismo profesor, la relativa diversidad étnica, la falta de unidad monolítica y religiosa así como las diferencias intelectuales se ven más bien como una amenaza de desmembramiento que como estímulo para intercambios enriquecedores. En esencia, se trata del viejo problema del choque entre pueblos árabes y modernidad, presente aún a finales del siglo XX.

A estas palabras hay que añadir las de quienes sostienen la tesis de un declinar de la civilización árabe, que se puede situar a principios de este milenio, como se dijo anteriormente, cuando aparte las circunstancias ya señaladas tiene lugar un concubinato, inconsciente o querido, entre el poder y los teólogos para entretejer una sociedad de rígidas estructuras, con un estrecho sistema de interpretación de la religión y métodos educativos fundados sobre la memorización y olvido del culto a lo imaginativo, con la consiguiente pérdida de vitalidad del mundo árabe que, al contacto con Occidente no

hace más que reforzar su tendencia al aislamiento que, en este siglo que termina, ha presenciado una mutua incompreensión entre Europa y dicho mundo, después de haber iniciado este período de su historia buscando unos principios estables de organización política: de una parte, la fe islámica sin limitaciones nacionales, como único aglutinante conocido desde hacía más de 1.000 años; y, de otra, el concepto de nación, plenamente importado, que sustituyó al islamismo, sin lograrse mejores resultados, sobre el que cimentar el panarabismo, estimulado por Gran Bretaña en su lucha contra el Imperio Otomano para asegurar la ruta de la India, y que pronto ha mostrado su debilidad conceptual, dada su carencia de sólidos puntos de apoyo frente a la claridad y simplicidad del nacionalismo judío, que se presentaría pronto como uno de sus escollos más temibles.

Hoy, parece que se dispone de bastantes elementos de juicio para preguntarse si, después de las experiencias panárabes del Partido Baas y del nasserismo, así como de los más recientes de la invasión y posterior retirada de Kuwait por Irak, no se está viviendo un declinar fáctico, una regresión, de un panarabismo casi muribundo, de la idea de un amplio Estado unificado, desde el Golfo al Atlántico, autorizando a pensar así tanto la realidad desnuda de los hechos como una posible evolución de las mentalidades.

Condicionamientos del momento actual

Políticos

En los años de la descolonización, los países colonialistas occidentales proyectaron sobre todo lo que se llamaría el Tercer Mundo, incluidos los neonatos Estados árabes, la imagen de su propia sociedad capitalista. Así, los niveles cultural, político, económico y social se articularon, igual que el funcionamiento del aparato resultante, sobre la primacía del nivel económico sobre todos los demás, expresión de la forma social de organización típica capitalista. Consecuencia de esta imposición fue el comprobar con asombro que las organizaciones así nacidas no se comportaban en la forma prevista y que el nivel cultural actuaba con mucho mayor influjo de lo pensado y previsto. Veamos lo ocurrido con los países árabes entre la creación del Estado de Israel, en 1948 y 1982, año de la invasión israelí del Líbano.

El año 1948 puso de manifiesto la inercia de las Monarquías árabes establecidas por Gran Bretaña y Francia con ocasión del desmembramiento del Imperio Otomano, al final de la guerra 1914-1918, al mismo que estimuló la formación de un espíritu nacional panárabe y, simultáneamente, la de corrientes políticas nacionalistas, a veces contradictorias entre sí, que lo impulsaban y daban paso a una nueva forma de entender la política y la historia y a un nuevo método de organizar la posliberación.

Los cambios ocurridos se reflejaron en los nuevos sistemas político sociales que sustituyeron a los antiguos. Así, los antiguos se asentaban sobre movimientos de estructura flexible, reclutando sus miembros entre todos los estratos sociales, aunque persistiera el predominio de las elites tradicionales, pero correspondiéndose con unas diferencias sociales no reconocidas como tales, e ilegítimas desde el punto de vista del islamismo. Además, estos sistemas antiguos se preocupaban, fundamentalmente, de las

ideas y no dudaban en hacer equivalentes movilización y educación hasta el punto de que sus militantes eran verdaderos educadores y sus centros activistas las escuelas y la universidad. En una palabra estaban más atentos y pendientes a renovar la moral y la sociedad que de conquistar el poder.

Los nuevos sistemas siguieron un estilo diferente, como los aplicados por el Istiqlal y el Destour, en el Magreb, el Baas en Siria, y los «Oficiales Libre» en Egipto, introduciendo las estructuras orgánicas típicas de los partidos políticos occidentales, con sus organigramas de organización, programa, bases de reclutamiento y otros aspectos orgánicos acumulados por las experiencias de los movimientos político sociales de Occidente, sin ocultar que lo que pretendían era la conquista del poder político, reclutando a sus militantes con la finalidad de instruirles como técnicos de la revolución, como auténticos profesionales de la política. Lógicamente, su eficacia resultaba así superior a la de los antiguos sistemas y mejor adaptados al género de lucha impuesto por los Estados europeos, sus antiguos dominadores.

Por otra parte, estas nuevas estructuras liberaron a los nuevos Estados árabes de la tutela occidental, pero siempre a base de imitar sus patrones estructurales, que se mostraron inadecuados también para realizar la construcción nacional de nuevo establecimiento.

Como consecuencia, al producirse, en el año 1982, la invasión israelí del Líbano todos los Estados árabes estaban en crisis, materializada por:

1. La dependencia, cada día mayor, de las economías nacionales del sistema imperialista mundial.
2. Estructuras políticas reducidas al mínimo.
3. Conflictos sociales que se internacionalizaban.
4. Confrontaciones culturales de creciente violencia que ponían en entredicho una supuesta unidad étnico lingüística y religiosa en las nuevas naciones y dejaban desprotegidas a éstas frente a una posible agresión israelí, americana, europea o combinada entre ellas.

Puede afirmarse que este período comprendido entre 1948 y 1982 se presentó preñado de acontecimientos, superando la media de dificultad ofrecida por el resto del mundo, como lo reflejan:

- Los conflictos internacionales de alcance mundial que afectaron al equilibrio y alianzas multilaterales, tal como la nacionalización del canal de Suez, en el año 1956, y la agresión tripartita de Francia, Inglaterra e Israel, que alteró gravemente el protagonismo de la región, convirtiéndola en una importante baza en el juego entre las dos superpotencias del momento.
- Los efectos de las derrotas militares egipcias de el año 1967 y octubre de 1973.
- La serie de nuevas liberaciones nacionales que permitieron a otros pueblos de la región sacudirse la tutela colonial occidental.
- La naturaleza peculiar de algunas de tales liberaciones a causa de sus repercusiones internacionales.
- Las controversias de algunos Estados árabes entre sí, como ocurrieron: 1. Entre Egipto y Arabia Saudí, en 1967 sobre Yemen. 2. Entre Argelia y Marruecos, sobre el Sáhara. 3. Entre Irak e Irán. 4. Entre algunos grupos étnicos contra otros, en Líbano,

Siria y Sudán. 5. Las sangrientas luchas de clases en Egipto, Sudán, Marruecos y Túnez.

Sociales

De otra parte, aparecieron movimientos económicos y sociales que produjeron alteraciones y transformaciones en los sistemas locales así como mutaciones rápidas en las alianzas internacionales. Citemos, por ejemplo:

- a) Las sacudidas entre los terratenientes a causa de las revoluciones agrarias sufridas por Argelia y Egipto y de las reformas, más moderadas, aplicadas en Siria y Túnez.
- b) Los intentos de desarrollo industrial, dirigidos ya por el mismo Estado ya por la burguesía privada, en estrecha cooperación, y a veces en contra, con los intereses del capitalismo mundial, pero siempre provocando la formación de poderosas organizaciones de trabajadores que, junto a los estudiantes de las nuevas universidades, se empeñaron en luchas contra los nuevos regímenes políticos.
- c) La creación de modernos centros de enseñanza abiertos a las masas de la población que así se familiarizaron con la ciencia y tecnología occidentales.

Geopolíticos

A nivel geopolítico, la situación estratégica del mundo árabe le convierte en punto clave del equilibrio mundial, actual y futuro predecible, y en posible epicentro de grandes sacudidas de efectos internacionales, como ninguna otra región del globo.

A esta posición se une la existencia de enormes reservas petrolíferas con las que cuenta el sistema capitalista mundial para su sostenimiento. A estas circunstancias se suma el hecho real de una inclinación, a veces, no siempre, manifestada en una voluntad de reunificación panárabe que se enfrenta con la presencia de continuados intereses de fragmentación que ha encontrado la resistencia del mundo árabe y del islamismo, que finalmente ha logrado evitar verse convertido en una reliquia folclórica. De estos intentos cabe destacar, como más recientes, los realizados por el capitalismo occidental, no como mero sistema de producción sino como factor dinámico que inevitablemente impulsa su expansión a nivel económico; es decir, hacia el imperialismo, con sometimiento a este propósito de todos los demás factores, sean culturales, políticos o de cualquier otro tipo estructural, y que no duda en eliminar a los demás sistemas que pueden hacerle frente u oponérsele en el cumplimiento de su finalidad de lograr el dominio pleno de la sociedad.

Esta supremacía de lo occidental es lo que ha motivado como reacción la resistencia cultural del mundo árabe, que discute tal pretensión de universalidad y que se opone a estos intentos de poder hegemónico del mundo capitalista. Esta reacción ha dado origen a una confrontación internacional, en la que los objetivos en juego son vitales para los tres sujetos empeñados en ella, a saber: el capitalismo occidental, el Estado de Israel y el mundo árabe. El primero, que no puede tolerar la implantación y existencia de un sistema social, económico y cultural, distinto e independiente, sobre el que no puede imponerse; el segundo, porque su propia existencia y continuidad en el ser depende, en gran parte, de la inexistencia de una unidad árabe, en un mundo suficientemente cohesionado y estructurado; el tercero, porque sin liberarse de los dos anteriores, nunca podrá cohesionarse y estructurarse.

En estos dos puntos reside pues la problemática del desarrollo del mundo árabe:

1. El del alcance universal de la lucha en sus dimensiones socio-económicas.
2. El de la reacción cultural y antropológica contra un intento de imponerle un sistema extranjero.

El mundo árabe en sus aspectos políticos estructurales

Tres circunstancias caracterizan pues la Historia contemporánea del mundo árabe:

1. Las variadas formas adoptadas por el movimiento de descolonización en los diferentes países.
2. La aparición del Estado de Israel, polarizando con su presencia las tendencias panárabes.
3. Las conversión del Oriente Medio en punto de confrontación entre las que fueron, hasta hace muy poco, las dos superpotencias mundiales.

Las potencias colonialistas occidentales aprovecharon, en 1918, la desintegración del Impero Otomano como señal para crearse nuevas zonas de influencia. De esta guisa, Francia se quedó con los mandatos de Siria y Líbano, mientras Gran Bretaña creaba las semicolonias de Irak y Jordania, así como se quedaba con Egipto, Sudán, Irán y principados de la península de Arabia. A estas nuevas zonas del mundo árabe venían a sumarse, el departamento francés de Argelia y los protectorados franceses de Túnez y Marruecos, ya existentes.

Después de la Segunda Guerra Mundial se inició el proceso de descolonización, realizado en una forma distinta según había sido el de colonización, pasando aquél a realizarse de manera variable de acuerdo a cómo hubiera sido éste, de tal forma y manera que la colonización impuso su estructura propia sobre los movimientos árabes de liberación hasta el punto de que los partidos independentistas, en la lucha contra sus antiguos colonizadores, la hicieron condiciones políticas e históricas predeterminadas por estos últimos, cada cual según su colonizador, y por medios diferentes según fuera éste. Así, el Warf egipcio adoptó la lucha política, el Destour tunecino lo hizo a través de las reformas constitucionales, el Partido del Pueblo movilizó a los argelinos contra un colonialismo total, el Bloque Nacional marroquí contra los efectos del protectorado, y los sirios-palestinos por la restauración de su unidad regional, alterada por los mandatos francés y británico.

Por este procedimiento, los descolonizadores terminaron por reproducir la misma estructura colonial que querían eliminar, dando por resultado estructuras socio-económicas y organizaciones políticas diferentes, pues ni franceses, ingleses e italianos colonizaron siguiendo las mismas pautas ni tampoco lo hicieron homogéneamente, ni por igual, sino peculiarmente según se trataba de un régimen de colonia, mandato o protectorado. A esto se unió el que la descolonización tampoco diera los mismos resultados, siendo variables según hubiera seguido la línea de una resistencia popular armada, como en Argelia, del golpe militar, como en Egipto, de la negociación casi pacifista como en Túnez, o un camino predibujado bilateralmente de manera cordial, como en los emiratos y en Arabia Saudí.

En definitiva, el movimiento descolonizador no sirvió como medio para lograr la estructura precolonial del mundo árabe sino que fue a causa de la diversidad de experiencias locales cómo vinieron a fortalecerse las diferencias introducidas por las distintas formas de ejercer la colonización, creando una nueva esfera política en la que coexistían Naciones-Estado que se presentaban como diferentes sistemas y que perseguían objetivos sociales contradictorios entre sí. En consecuencia, ¿cómo podía considerarse bajo la misma óptica a los militantes del Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, con sus siete años de resistencia armada contra el colonialismo y a los miembros de la familia saudí que había unificado la península Arábiga bajo la sombra de las maniobras políticas anglonorteamericanas y del wahabismo. ¿Cómo asociar a los «Oficiales Libres» del Ejército egipcio, que habían destronado al Rey y estaban decididos a embarcarse en un programa de nacionalidades de los intereses extranjeros, con el rey Hussein, figura fabricada por el colonialismo británico?

Por tanto, bajo este desigual proceso de descolonización nacieron unas Naciones-Estado que resultaron no ser más que un fiel reflejo de sus particulares experiencias históricas bajo la colonización, pudiendo encuadrarse estos Estados en dos grupos:

1. De una parte, los países que había obtenido su independencia en lucha con el poder colonizador, como Egipto, Siria, Irak y Argelia.
2. De otra, los que la obtuvieron mediante decisiones más o menos negociadas, tales como Marruecos, Jordania y Arabia Saudí.

Los primeros se iniciaron en la nueva vía poniendo en marcha programas de desarrollo de propia creación, mientras los segundos se conformaron con una soberanía de tipo neocolonialista que aseguraba la continuidad de las Monarquías de reciente creación y contuviera los movimientos populares.

En una primera fase y en determinados países de nuevo cuño como Egipto, Siria, Irak y Argelia se destacan las experiencias vividas respecto a la construcción del concepto de nación y al desarrollo del panarabismo como instrumento para alcanzar la unidad del mundo árabe, fomentándose la lucha contra el imperialismo e Israel. Estas experiencias nacionales ofrecieron aspectos peculiares en cada caso, pero todas ellas presentaron estas características comunes:

- El islamismo, como fuente de la cual se tomaron los valores de justicia social y el igualitarismo, utilizados como eslóganes.
- La proclamación de su adhesión al socialismo, manteniendo al mismo tiempo una estricta vigilancia sobre el comunismo local, del que se desconfiaba, tanto por su dependencia de la ex URSS como por su escasa participación en los movimientos de liberación. Lo que no impidió aprovechar de la Unión Soviética lo que de ésta les resultaba prácticamente aprovechable.
- El nacionalismo, expresado en diferentes formas y dando más o menos importancia a la idea de unidad del mundo árabe, máximo en Siria e Irak, mínimo en Argelia, pasando por el relativo relieve asignado por el nasserismo, pero siempre en una dura confrontación con los intereses del mundo occidental y que dieron lugar a la nacionalización del canal de Suez, en el año 1956, y del petróleo argelino, en 1971, con los resultados, respectivamente, de la intervención armada de Francia, Gran Bretaña e Israel y del boicoteo económico francés.
- El culto al desarrollo económico, que llevó a la aplicación de reformas agrarias, a la nacionalización de los intereses extranjeros y a la entrada en vigor de planes

estatales, con la consiguiente creación de un sector público, popularización y extensión de los programas educativos y promulgación de leyes sociales a favor de las masas populares. Bajo este proceso, se inició una profunda reestructuración de la sociedad, apareciendo sindicatos poderosos, como los egipcios y argelinos, una sólida clase media y una burguesía que se impuso sobre las clases feudales hasta entonces prevaletentes.

- La adopción de un sistema político de partido único, con todo lo que ello implicaba en la burocratización de las organizaciones sociales, limitación de libertades humanas y reforzamiento del poder Ejecutivo e instauración de servicios represivos.
- Finalmente, la idea de que la destrucción de Israel era condición necesaria y previa para lograr la unificación del mundo árabe, de donde nacieron alianzas y acuerdos internacionales de cooperación, particularmente militares o industriales, con los países del este europeo, de sentido antiimperialista.

Este fue el ambiente y éstos los aspectos políticos, socio-económicos y culturales en que las experiencias nacionalistas, panárabes y socialistas impusieron sus notas al conjunto de la región, con los grupos nasseristas y baasistas dirigiendo las confrontaciones políticas y sociales de los países árabes, donde incluso el FLN argelino, sin herederos inmediatos, llegó a ejercer su influencia en Marruecos, con Ben Barka, y en Túnez, con Ben Salh. Enfrente, los regímenes prooccidentales estaban a la defensiva, tanto las Monarquías que habían conservado el poder —Marruecos, Libia y Arabia Saudí— como los principados nacidos al amparo de la tutela de Estados Unidos, hasta el punto de llegarse a pensar que tenían sus días contados y que el movimiento republicano, nacionalista y socializante *acabaría barriendo la totalidad de la región, en la que la dinámica del panarabismo tuvo como locomotoras históricas al baasismo y al nasserismo.*

Aspectos generales del nacionalismo árabe

Los movimientos nacionalistas, de reciente aparición y desarrollo en el mundo europeo, son más recientes aún entre los árabes y así no dejan de reconocerlo sus mismos ideólogos, entre los cuales Sati Husri, fallecido en el año 1963, señalaba el contagio de los nacionalismos europeos producido en el mundo árabe, así como en los Balcanes, como antiguas provincias del Imperio Otomano. El mismo Husri, insistiendo sobre el carácter específico del nacionalismo árabe, destacaba que el panarabismo, como movimiento unitario, se fundaba en la lengua árabe más bien que sobre la religión musulmana.

El concepto de *nación árabe* engloba tanto a la *Gran Siria* —Siria, junto con Jordania, Líbano y el Israel actual— como a Irak y Mesopotamia —añadiendo al actual Irak el Juzistán, hoy en Irán— y también a la península de Arabia y Egipto —en el que, hasta 1956, se incluía el Sudán—. Igualmente, hay que incluir en él a numerosos grupos humanos en base a una misma comunidad religiosa e incluso étnica, que así dan continuidad a la vieja solidaridad tribal en el Oriente Medio y Próximo. Concepto tradicional que, desde 1930, el Baas extiende al África negra, según la fórmula «desde el Golfo al Atlántico», desde el Pérsico hasta las playas occidentales marroquíes.

Se fundamenta en los lazos lingüísticos, culturales, históricos, religiosos y geográficos que amalgaman a los países árabes que ocupan la región así delimitada. Tiene como

objetivo el establecimiento de un gobierno unitario, asociado a una revolucionaria transformación de tinte socialista, en el interior, unido a un alineamiento antioccidental, en el exterior, tal como proclamaron Nasser y el Baas.

Así pues, en el contexto de la estructura política del Oriente Medio, el nacionalismo árabe, tal como está formulado, es una ideología radical que rechaza la inviolabilidad territorial de los países árabes actualmente existentes y no admite su comportamiento por «razones de Estado», lo que parece estar en contradicción con algunos artículos del pacto de la Liga Árabe, firmado en marzo del año 1945, que reconocen la soberanía del Estado, la no intervención y la no agresión entre sus firmantes.

(Artículo 4: «Para cada una de las cuestiones que figuran en el artículo 2 —asuntos económicos, comunicaciones, asuntos culturales, nacionalidad, asuntos sociales, sanidad— se establecerá una comisión especial en la que estarán representados los Estados miembros de la Liga...». Artículo 5: «Queda prohibido cualquier recurso a la fuerza con el fin de resolver las disputas que puedan surgir entre los Estados miembros de la Liga...». Artículo 8: «Cada Estado miembro respetará los sistemas de gobierno establecidos en los otros Estados miembros... y cada uno de ellos se comprometerá a abstenerse de cualquier acción dirigida a cambiar los sistemas establecidos de gobierno»).

Como ideología y como factor activo en la política de Oriente Medio, el panarabismo es un fenómeno recién nacido en la segunda mitad del siglo XIX, como reacción a la dominación turca, y abogaba la separación de las provincias turcas orientales del Imperio Otomano, con el establecimiento de un Estado liberal, con estructura árabe. En esta causa, siguió el mismo camino que otras corrientes nacionalistas históricas donde el movimiento en contra de algo existente fue su motor impulsor, bastando recordar la influencia del luteranismo contra Roma en el caso del nacionalismo alemán, la de Juana de Arco contra los ingleses en el nacionalismo francés, la de la Reconquista contra la dominación musulmana en el nacionalismo español, y la de los italianos contra los ocupantes de su Península en su nacionalismo, sin olvidar la figura de Alexander Nevski contra los suecos, daneses y otros invasores extranjeros en el nacionalismo eslavo.

El concepto fue adoptado, a principios del siglo XX, por los dirigentes nacionalistas suníes en su lucha contra los dominadores otomanos, culminando en la gran revuelta árabe del año 1916. En el período entre las dos guerras mundiales empezó a desarrollarse en una doctrina con tintes anticolonialistas y antieuropeístas, particularmente en Irak y Siria, que comprendía entonces el Líbano, Israel y Jordania actuales.

En una primera experiencia panárabe, el reino árabe independiente de Damasco, con vida entre octubre de 1918 y julio de 1920, fue rápidamente abortada por Francia.

Las aspiraciones nacionalistas árabes, impulsadas por Lawrence de Arabia y las promesas francesas e inglesas del año 1916, se vieron cortadas de plano por las armas de Francia, según los acuerdos del año 1920, sancionados en 1922 por la Sociedad de Naciones. Del reino árabe unificado de Damasco nacieron una multitud de Estados: el reino de Redjaz, enseguida incorporado en el reino Árabe Saudí; reinos de Irak y Transjordania, bajo mandato británico; Estados de Siria y Líbano, bajo administración directa y mandato francés; y Palestina, bajo administración británica.

El Baas sirio recogerá más tarde el rencor panárabe estimulado por esta división, sin que faltaran focos locales de nacionalismos e independencia como en Marruecos, si bien con mayor preocupación por el islamismo, con Abd El Krim y Al-Fassi; en Argelia, con Abd El Kader y Ben-Badis; en Libia y Sudán, con la senusyia y el madjismo; en Egipto, con Rashid Rid, fallecido en el año 1935, y el radicalismo de los «Hermanos Musulmanes» desde 1928 y, finalmente, el nahabismo de Ibn Saud que, de 1910 a 1930, logró la unificación de Arabia Saudí, inspirándose en el movimiento reformista fundado por Al-Uahab, en el siglo XVIII.

Entre los años 1918 y 1939, hace su aparición una tendencia constitucionalista y parlamentaria, muy intensa en Egipto que, en cierta manera, es opuesta al panarabismo, percibido como algo que necesariamente ha de estar ligado a un poder fuerte y dominador. Pero, a partir del año 1945, el mundo árabe se sigue inspirando en el arabismo más que en el islamismo.

El baasismo panárabe

Animado por el ideal panárabe, el Partido del Baas —resurrección— estuvo desde sus comienzos marcado por la división. Fue fundado en Antioquía —Siria—, en el año 1934, por Zari Arsuzi, profesor de Filosofía, aunque otra de las corrientes tradicionales sostiene que su fundación se debe a Michel Aflaq, profesor de Historia, y a Salah Bitar, profesor de Ciencias, que habiéndose formado en la Sorbona, lo hicieron en el año 1944.

Zaki Arzusi, nacido en el año 1899 y fallecido en 1963, procedía de una familia acomodada de la población de Arzus e hizo sus estudios en París (1926-1930), donde se doctoró en Filosofía. Amante de la cultura árabe, se apasionó por la democracia parlamentaria y se vio atraído por el arabismo político. Enseñó Historia en Antioquía, en Hama y en Alepo (1946-1952) y después en Damasco, entre los años 1953 y 1959. Con el asunto de Alejandretta, cedida por Francia a Turquía, en el año 1939, fue totalmente ganado para el panarabismo.

Por su parte, Michel Aflaq, nacido en el año 1910 y fallecido en 1989, perteneciente a una familia de la gran burguesía grecocristiana, en la que su padre, en época del mandato francés, estuvo afiliado al bloque nacionalista desde su fundación, en el año 1928. En París estudió Historia de 1928 a 1933 y pronto se movilizó a favor de la independencia nacional. También Salah Bitar, de formación científica adquirida en París, se muestra favorable a la independencia de Siria y Líbano, siendo asesinado en París, en el año 1983, probablemente por los servicios de información sirios, por sus relaciones con los «Hermanos Musulmanes».

En el año 1939, Francia que administraba el mandato de Siria cedió Alejandretta a Turquía, a causa del origen mayoritario turco de la población por lo que Arsuzi mostró su fuerte oposición y actuó contra el referéndum convocado ante tal decisión, buscando inútilmente la ayuda de Aflaq y Bitar y sin que en Siria se produzca ningún intento armado de oposición a la separación de Alejandretta, lo que da una muestra más de la desunión panárabe.

En el año 1941, cuando en Irak, región ligada a Gran Bretaña, Rachid Ali Kilaui, militar nacionalista de simpatías nazis, toma al poder, los baasistas sirios se presentan en Bagdad para ofrecer su apoyo y es ahora cuando Arsuzi y sus seguidores quienes condenan este golpe a la derecha sin que nunca perdonara esta acción de Aflaq, calificada de oportunista, y se apartó de la actividad política hasta su muerte, que tuvo lugar en 1968.

Para ahondar más en las divergencias, Arsuzi pertenecía a la comunidad alauita, de origen shií, que habita las montañas del litoral sirio, entre Tartus y Lataquia hasta Alejandretta, mientras el origen de Aflaq es cristiano ortodoxo, de Damasco, perteneciente a un antiguo grupo de lengua litúrgica griega, originario de la misma Palestina y Siria. Por su parte, Bitar, musulmán suní, también de Damasco, pertenece a la comunidad mayoritaria de Siria y Oriente Medio, de los que los alauitas se han visto constantemente humillados a través de los siglos, aunque el mandato francés de 1920-1946 les concediera durante esa época una limitada autonomía.

Aflaq, que ejercía como profesor de Historia, creó en Damasco, junto con Bitar, el Partido Baas en el año 1944, aunque no saliera a la luz pública hasta el año 1947, incorporándosele, en 1953, el Partido Socialista Huroni. Pero, los mismos baasistas reprocharon posteriormente a Aflaq su comportamiento, quien en el año 1958 disolvió el partido en Siria y decidió unirse a Nasser en ocasión de la fusión de Siria y Egipto, para finalmente, en el año 1961, apoyar la ruptura de la Unión sirio-egipcia. Una vez en el poder, en el año 1963, junto con Bitar, tras un golpe de Estado, Aflaq se vio complicado por las dificultades provocadas por Nasser y los ideólogos marxistas de un neobaasismo y, en el año 1966, es expulsado de Siria y desposeído de su nacionalidad por el nuevo poder baasista militar, trasladándose a Beirut y Bagdad, donde después de un tiempo al frente de un grupo baasista de tendencia iraquí murió en el año 1989, convertido al islamismo según se dice.

Arsuzi y sus seguidores consiguieron imponer el grupo de Aflaq un cierto tinte socialista en el partido y desde, el 3 de julio de 1946, fecha de la aparición del diario político del Baas lleva éste el lema ideado por el mismo Arsuzi, inspirado en el alemán Fichte: «nación árabe, portadora de una misión eterna».

El Baas, con unos 200 afiliados en el año 1945 y no más de 300, en el año 1947, pronto habría de conocer la división personal e ideológica, y también orgánica pues el sistema adoptado este mismo año favoreció el nacimiento de particularismo, dando origen a las ramas de Siria, de Jordania, de Irak, del Líbano, de Arabia Saudí, Yemen y de la misma Libia. Aunque la dirección panárabe la ostentaba Aflaq y sus íntimos, quien actuaba como el patriarca de una gran familia, no hubo verdadera elección hasta el año 1963, y mientras tanto las direcciones locales en cada país se guiaban sólo por sus propios intereses, contrariando incluso las decisiones de la dirección supuestamente panárabe que, en realidad, se ejercía mirando preferentemente los intereses sirios.

Este ejercicio de la última autoridad por Aflaq llevaría a diversas escisiones en el Baas, empezando en el año 1958, cuando Nasser fomentaba la fracasada unión sirio-egipcia, de duración limitada al año 1961, siguiendo por la del baasista iraquí, Ali Salih Saadi, que provocó la exclusión del poder, en noviembre de 1963, en Bagdad, del Baas iraquí.

En Siria, entre los años 1956 y 1981, la dirección panárabe es primeramente nasserista hasta el punto de disolverse la rama siria del partido para pasar después a ser antinasserista y excluir del panarabismo a las ramas jordana e iraquí, precisamente por su nasserismo. En el año 1968, después de una serie de acuerdos y desacuerdos coyunturales, el Baas sirio se convierte en partido localista, militarista y marxista frente al Baas iraquí panárabe, con destacados exiliados en ambas direcciones. Previamente en febrero de 1966, el neobaas se adueña del poder en Damasco, para hacerlo del de Bagdad el Baas iraquí, en julio de 1968, donde continúa asentado actualmente Saddam Hussein, después de la eliminación absoluta del presidente, general Baker, ocurrida en el año 1979. Finalmente, en el año 1970 se asienta en Damasco un equipo más militarista que alauita, más moderado frente a Israel dándose origen a la época de Assad.

Se entra en una era de alianzas. Así, en Damasco, el Baas sirio se fusionó, en el año 1953, con el Partido Socialista de Akaram Hurani dando por resultado que, en el año 1954, el nuevo partido cuente con unos 2.500 afiliados, de los que más del 50 por 100 son antiguos socialistas de Hurani, que se ve excluido de sus filas, en el año 1962, por sus críticas de Aflaq en el asunto de la unión entre Siria con Egipto, por lo que sus seguidores abandonan el partido. Sin embargo, lo que quedaba de él le fue suficiente para adueñarse del poder, en Damasco, en el año 1966, gracias al Ejército, poniéndose al servicio de un régimen presidencialista de partido único, dominado por los militares y protegido por el hermano de Assad, al frente de las «Brigadas de defensa» y vicepresidente del país, con base social campesina y pequeña media burguesía.

En Bagdad, se llega a resultados semejantes donde la base social del régimen es casi exclusivamente militar y donde en el año 1968, la milicia baasista autónoma se integra en el Ejército con el nombre de «Guardia republicana», totalmente ligada al clan de Saddam Hussein, en la que el Baas recluta sus hombres particularmente entre los árabes suníes de la región de Takrit, al norte de la capital iraquí, aunque no sean más que una minoría entre las tres comunidades del país, con complejas relaciones entre sí:

1. Los árabes shiíes, de la secta *twelver*, que forman entre el 55 por 100 de la población, situados al sur de Bagdad.
2. Los kurdos suníes, al nordeste, con un 25 por 100.
3. Los árabes suníes, minoritarios, con el 20 por 100, viviendo en el noroeste, que han dirigido el país desde los orígenes del islam hasta nuestros días.

Los regímenes baasistas en Siria e Irak resultaron ser sistemas de poder ejercidos sin más base ni objetivo que el Gobierno por sí mismos y los intereses de grupo, apoyados en una democracia meramente formal, policía política, partido casi único y sindicatos controlados por el Estado o el Baas, y prácticas totalitarias, sirviéndose para su pretendido panarabismo del nacionalismo y del socialismo árabe, que se fueron difundiendo a través de escuelas y universidades, prensa, asociaciones y sindicatos.

Nacionalismo: cultura y socialismo árabe

Ya hemos visto los comienzos del nacionalismo, expuestos por Sati Husri (1880-1963) y su panarabismo nacionalista de base lingüística, no confesional e incluso laica, reproduciendo el Baas sus ideas y manifestaciones, sin que sus creadores aportaran nada nuevo. El principio de que, desde sirios a iraquíes pasando por yemenitas y

libaneses, sin olvidar al África del Norte, pertenecen a una única nación, la árabe, ya indicado por Husri en el año 1950, aparece en la constitución del Baas en el año 1947.

Husri llega incluso a señalar, también recogido por el Baas, el deseo manifiesto, ya en el año 1940, de que fuese Egipto el país que realizara la unidad árabe, como Prusia lo había hecho en Alemania y el Piamonte por la unidad italiana. Pero, la opinión egipcia progresista no sentía de igual manera la nostalgia de la unidad árabe considerando que el baasismo descansaba en una metafísica sin fundamento real, lejos de toda semejanza con el mito ario de los nazis. De hecho, el nacionalismo árabe del Baas se ha inspirado, en buena parte, en el nacionalismo alemán del siglo pasado, habiéndose resaltado sus tendencias fascistas y nazis así como la influencia de Fichte y su «Carta a la Nación Alemana».

El Baas ve a la nación árabe como una realidad cultural, como conjunto de la hegemonía cultural árabe de lengua, historia y perspectivas comunes para afrontar el futuro, bajo la herencia del Profeta, de la que dijo Aflaq que esta experiencia profética es específica de los árabes puesto que todos los profetas fueron árabes en lo que se diferencian de los europeos cuyas religiones proceden de otros, y que considera que el grupo baasista es la «imagen proyectada del conjunto de la nación árabe» en la que pretende instaurar un sistema social laico, con leyes inspiradas en las islámicas.

Los «Hermanos Musulmanes» rechazan esta exaltación de la nación árabe y no aceptan más comunidad que la musulmana, donde cada Estado islámico aplicaría una política inspirada por la *sharia*, tal como se preconiza por los juristas musulmanes desde el siglo XV. Se ve pues su incompatibilidad con el Baas que, por el contrario, pretende una revolución siguiendo el modelo espiritual y político establecido por Mahoma sin mantener la tradición jurídica musulmana, causa de la decadencia árabe, como dice el artículo 18 de su constitución fundamental:

«Una legislación establecida libremente por el Estado árabe, de acuerdo con el espíritu del tiempo y teniendo en cuenta las experiencias de la nación árabe».

El Baas, como Aflaq, distingue entre el islam religioso y el islam cultural nacional árabe, defendiendo un laicismo muy teñido de islamicismo, de la misma manera que el laicismo europeo está penetrado por el cristianismo. Así, la constitución del partido no menciona al islam ni a religión alguna; tampoco la laicidad del régimen político propuesto.

Ahora bien, el ideal nacionalista árabe queda claramente remarcado en dicha constitución del año 1947, cuando considera que todo grupo que no comparte activamente tal ideal, en el seno de la patria árabe, debe considerarse ilegal y enemigo. Establecen sus artículos 10, 11 y 15:

Artículo 10: Es árabe aquel que la tiene como lengua y vive en suelo árabe, o aspira a vivir en él, y está convencido de su pertenencia a la nación árabe.

Artículo 11: Debe abandonar el territorio árabe quien haga propaganda a favor de un grupo racista antiárabe o adherido a éste, y cualquiera que resida en aquél con fines colonialistas.

Artículo 15: El lazo nacional es el único lazo del Estado árabe.

Los «Hermanos Musulmanes» consideran, en cambio, como cismáticos, en sentido separatista, a los grupos que rompen con la comunidad musulmana mundial mientras el Baas califica de cismático a todo sentimiento nacional distinto del árabe dentro de la patria árabe, ya sea por una pertenencia confesional o étnica e incluso secesionistas local dentro del Estado árabe.

Los baasistas buscan apoyo en la defensa del arabismo, definido como la fe en la unidad árabe, de manera que, como dice Arsuzi, cada alma árabe siente la llamada perpetua de la nación árabe, como patria nacional ideal frente a la patria particular, dentro de las fronteras de cada uno de los Estados árabes, sin tener en cuenta las separaciones políticas coyunturales y que el Baas define así, en el artículo 7 de su constitución:

«La patria de los árabes la forman el territorio habitado por la nación árabe situado entre las montañas del Taurus y Bastakwey, el golfo de Basra, el mar de Arabia, las montañas de Etiopía, el Sáhara y el Mediterráneo».

Sin embargo, a esta amplitud de miras territorial se acomodan ambiciones mucho más limitadas pudiendo afirmarse que, entre los años 1966 y 1975, el Baas sirio pasa por ser regionalista restringido para después adoptar el concepto de patria correspondiente a la Gran Siria, como agrupación que comprende a Siria, Líbano, Jordania, Israel actual y Chipre, según los objetivos del Partido Popular (PPS), que se llamó, en los años del decenio 1970, Partido Nacional Sirio, social, anticonfesional y frecuentemente terrorista, autoritario, siendo el que hizo asesinar al recién designado presidente del Líbano, Bechir Gemayel, en septiembre de 1982. Esto no impide que el Baas de Damasco continúe proclamando que la nación árabe ideal debe constituirse un día en Estado único, como recoge su constitución:

«Los árabes constituyen una nación que tiene el derecho natural de vivir dentro de un Estado propio y libre de orientar sus destinos».

En cuanto al Baas iraquí, se atribuye la dirección natural de los asuntos del Golfo árabe, para protegerle del imperialismo y asegurar su desarrollo económico, reconociendo la existencia de Arabia Saudí y el Yemen, pero no la de Kuwait.

Aflaq y Bitar en el año 1944, en su obra *El nacionalismo árabe y su actitud frente al comunismo* emplean la expresión «socialismo árabe», otro de los pilares del panarabismo, diciendo que no es difícil para los árabes, liberándose de la pesadilla extranjera, descubrir un socialismo árabe que, emanado de sus almas, se ponga al servicio del nacionalismo de la nación árabe como factor esencial de su resurrección. Y, en el año 1947, un discípulo de Arsuzi, defiende un socialismo liberal que reconcilia al capitalismo con el comunismo y que defiende la propiedad privada y la libertad individual, desconfiando de la empresa estatal. El mismo Arsuzi promociona el reclutamiento entre los obreros y campesinos, con preferencia a otras clases sociales, y así lo recoge el artículo 41 D de la constitución del partido diciendo:

«... la desigualdad de clases es consecuencia de un sistema social corrupto. Por esta razón, el partido lucha en las filas de las clases trabajadoras oprimidas de la sociedad para que cese esta desigualdad...»

En el VI Congreso panárabe, de octubre 1963, se adopta la idea de transformar el régimen representativo constitucional en una aplicación de la democracia popular, a

cargo de una vanguardia militarista; el partido único o, por lo menos, dominante. También se rechaza la idea de prohibir que el Ejército juegue un papel político, reconociéndose que la educación ideológica y política es tan importante como la misma formación militar del ciudadano, imponiéndose pues el concepto de ejército ideológico, tanto en Siria como en Irak.

Esta postura se manifiesta claramente en el artículo 4 de la constitución, que dice:

«El partido Baas árabe es socialista, estando convencido de que el socialismo es una necesidad que brota del corazón mismo del nacionalismo árabe».

El nasserismo

Entre los árabes, este término no se utilizó hasta la muerte del mismo Nasser, en septiembre de 1970, pudiendo decirse que hoy día, en Egipto, con su peso cultural árabe dominante, ya nadie o casi nadie, se deja llevar por los «cantos de sirena» emitidos hace pocos años por su carismático presidente quien, paradójicamente, en sus *Recuerdos de guerra de Palestina*, publicados en 1954, manifestaba estar asombrado de ver cómo el alto mando lanzaba a las unidades egipcias en auxilio de las fuerzas jordanas en dificultades, revelando un escaso sentimiento panárabe al asombrarse de tal decisión de carácter comunitario. Y el mismo Nasser, a finales del año 1953, confiaba a Ahmed Abul Fath, entonces su amigo, que:

«En otro tiempo no creía en los árabes ni en el arabismo, y que no podía admitir que los árabes fuesen capaces de nada».

También, a finales del año 1953, en una entrevista concedida al periodista francés Lacouture, que le preguntaba si creía posible la realización de uno de los innumerables proyectos de unificación árabe que entonces circulaban, contestó diciendo que no, que no veía posible tal cosa dadas las diferencias de intereses y prestigio entre las dos grandes familias reinantes: hachemitas y saudíes, y también porque muchos países árabes estaban aún sometidos, total o parcialmente, a los extranjeros, si bien dicha unificación podría iniciarse modestamente por medio de acuerdos económicos limitados. Bien es verdad que, en el año 1958, a principios de año, cuando le preguntara Jacques Benois Mechin si creía en un imperio árabe, el presidente de la República de Egipto le dijo que no tenía intención de forjar un imperio, que lo único que pretendía era conducir a una nación a tomar conciencia de sí misma, añadiendo:

«Además, no me gusta la palabra panárabe, que ha sido creada por analogismo con el pangermanismo y el paneslavismo. Yo no quiero conquistar nada extraño a la nación árabe; quiero agrupar a los miembros de ésta, que una vez agrupados no tendrán necesidad de un espacio vital complementario... no soy un conquistador».

Para cerrar su ciclo de entrega al arabismo cuando en el año 1967, en una entrevista con E. D'Astier, que le preguntaba si se sentía más árabe que egipcio le dijo:

«Soy egipcio y me siento árabe porque me siento profundamente afectado por la fortuna, por el infortunio de los árabes de donde quiera que sean».

El arabismo de Nasser no se basa en una construcción intelectual; ante todo es el sentimiento de una frustración colectiva en el «crisol de los dolores comunes» al que se refería Makram Ebeid, secretario general del Partido Wafd, cuando escribió que:

«Todos nosotros somos árabes, unidos por los sufrimientos y las esperanzas, soldados por las catástrofes y los dolores, forjados en un mismo crisol por las injusticias».

Tres son las notas que se conjugan en su arabismo:

1. Comunidad de lengua.
2. Comunidad de historia.
3. Comunidad de opresión sufrida, en la cual cabe destacar una conciencia de masa.

Porque el arabismo de Nasser tuvo una dimensión verdaderamente popular, aunque los periodistas no veían en él más que un sentimiento plebeyo, de desquite, de reivindicación, de preparación del ataque contra Israel frente a los optimistas que lo veían como una gran agrupación de desheredados sociales y económicos para hacer frente a los poderosos, una comunidad contra un adversario común, origen histórico, como antes se dijo, de muchos de los nacionalismos que hoy sobreviven en diversas partes del universo.

Para Nasser, el arabismo como estrategia nace inmediatamente después de la crisis de Suez del año 1956, a partir del momento que ve ligada su suerte a la del conjunto del mundo árabe, sin que sea función de los servicios que los árabes le hubieran prestado durante aquella crisis, cuando entre las apelaciones a Eisenhower y Kruschef no hiciera ninguna a Damasco o a Bagdad, sino como consecuencia de los riesgos corridos por ellos a causa de un acto estrictamente egipcio, realizado con vistas a intereses meramente egipcios, pero que se proyecta sobre el arabismo o del arabismo sobre él.

Pero conviene no olvidar que, aunque finalmente Nasser se presentó sin discusión como el indiscutible y preeminente líder del mundo árabe, esto solamente ocurrió tras una feroz lucha en la política regional árabe donde la creación de una coalición realista entre Irak, Arabia Saudí y Jordania en el año 1957, estuvo dirigida contra el creciente prestigio del dirigente egipcio, que vio culminado su triunfo, en febrero de 1958, con la unión sirio-egipcia. En efecto, antes de la crisis de Suez, el 24 de febrero de 1955, Irak y Turquía habían firmado un pacto militar que serviría de base para la formación del Pacto de Bagdad, incluyendo también a Gran Bretaña, Pakistán e Irán, destinado a proteger Oriente Medio contra la amenaza soviética. Frente a él, Nasser, que veía el papel director de Irak en el pacto como un reto a la hegemonía de Egipto, intentó por todos los medios disuadir a los Estados árabes de unirse a aquél, convenciendo a Siria y Arabia Saudí, que abiertamente estaba del lado egipcio debido a la antigua rivalidad entre hashemitas y saudíes.

La nacionalización de la compañía del canal de Suez, en julio de 1956, fue considerado como una victoria del nacionalismo árabe sobre el imperialismo occidental y recibida con gran entusiasmo en todo el mundo árabe, provocando entre otros efectos que Siria pidiera una reunión urgente de la comisión política de la Liga Árabe para obtener de ella el inequívoco apoyo a la acción egipcia, siendo Irak el único Estado árabe que se opuso ardientemente a la iniciativa siria y trabajó positivamente para bloquear la propuesta de Siria. Así, la resolución de la comisión política, de 12 de agosto, fue una victoria para Irak en el sentido de que logró que no se apoyara la nacionalización.

Y es que, en contraste con el amplio apoyo que prestaban las masas árabes, la mayor parte de los dirigentes árabes consideraban la nacionalización como una grave amenaza

para la estabilidad de sus regímenes, por lo cual si bien no hacían ninguna crítica en público no se recataban de hacerlo en privado, procediendo de Irak la oposición más vehemente. Esta contradicción no era más que un aspecto permanente de la política árabe: sus dirigentes se veían obligados a seguir los dictados de la opinión pública, manifestando públicamente su solidaridad con Egipto aunque fuera contra sus propios y personales intereses, ya que los políticos en el poder eran conscientes de que la oleada de triunfo estimularía el desarrollo del nacionalismo y su consiguiente caída.

Como consecuencia de la guerra de Suez, los aliados de Gran Bretaña (Arabia Saudí, Irak y Jordania) en el Oriente Medio se encontraron en una situación extremadamente difícil. No sólo una potencia occidental había atacado a un hermano árabe sino que lo había hecho en convivencia con sus enemigos israelíes, siendo la posición de Irak la más delicada de todos, por sus lazos especiales con el agresor como por su pertenencia al Pacto de Bagdad, lo que ocasionó su gradual aislamiento en el mundo árabe. Este pacto, aparentemente sin vitalidad, era aún tenido por peligroso para el futuro de Egipto, como lo manifestó Nasser en una carta al rey Saud donde le decía:

«Gran Bretaña y sus aliados piensan convertirlo en un pacto islámico que reúna a todos los países islámicos que aún no son miembros del pacto».

Expresándole sus temores de que se pretendiera aislar a Egipto de Arabia Saudí y Jordania, así como de Siria. Y no andaba descaminado porque en un telegrama del Foreign Office se decía que una vez que se consiguiera la caída de Nasser se vería facilitada la aparición de Irak como líder de los árabes «posición en la cual nos gustaría verle» (*Minuta de Eden*, de 26 diciembre 1956, JE 1015, 118836).

Pero, ya en diciembre de 1956, Irak había quedado casi totalmente aislado y la situación de Nasser extremadamente fortalecida en su lucha por la hegemonía árabe y representante del panarabismo ante las masas, después de haber vencido todos los intentos de las élites conservadoras árabes de luchar contra la ola nacionalista y de haber logrado que Arabia Saudí abandonara el barco realista y que el golpe militar del año 1958 eliminara la dinastía hashemita.

Volviendo a los problemas internos del nasserismo, no hay que olvidar que el régimen doméstico en Egipto era en realidad el de un Estado policíaco lo mismo que actualmente lo son Damasco y Bagdad, donde los «Hermanos Musulmanes», muy particularmente, sufrieron prisión en campos de trabajo y detenciones nocturnas a domicilio, interrogatorios bajo tortura y desaparición en las cárceles, especialmente entre los años 1954 y 1971, incluso hasta el año 1974. Esta persecución fue más dura que la sufrida por los comunistas no acogidos al partido único que, además, no se prolongaron más allá del año 1964.

Se ha venido admitiendo que Nasser fue un héroe del Tercer Mundo, pero estudios concienzudos muestran al régimen nasserista como una dictadura militar, de partido único, con presencia generalizada en el barrio y lugares de trabajo, así como en los de diversión, que creó un elevado nivel de corrupción entre dirigentes y oficiales del Ejército como clases dirigentes creadas por Nasser y que el sistema pretendía conservar y mantener como burguesía estatal, en múltiples funciones.

Pero es lo cierto que después que Estados Unidos y la ex URSS pusieran fin, con sus ultimatos, a la ofensiva de Israel, Gran Bretaña y Francia, en el Sanaí e Ismailia, del 30

de octubre al 5 de noviembre de 1956, Nasser se ve colocado a la cabeza de la lucha del mundo árabe por su independencia, apareciendo ahora su retrato en todo el Oriente Medio como antes lo ocupara el de Mossadeq. El decenio que sigue, entre 1957 y 1967, es el del esplendor del panarabismo, marcado por la fusión entre Siria y Egipto en el año 1958, bajo el nombre de República Árabe Unida (RAU), bajo un partido único, titulado Unión Nacional, siguiendo una política de neutralismo activo con las superpotencias y de no alineación, y asociación con la India, Yugoslavia y, más tarde, con China. En tales momentos, se produce la definición ideológica de la política y alineación árabes, defendiendo la existencia de regímenes progresistas. Pero, el arabismo demostró su casi irreconciliabilidad con la situación interna de las tierras árabes y la misma RAU no pudo superar las diferencias entre sirios y egipcios, de forma que en lugar de un prototipo de unidad árabe terminó abortando como primer experimento de unión. Por su parte, el régimen de Bagdad que, violentamente, había derrocado la monarquía hashemita, el mismo 1958, no dio un solo paso para incorporarse a la «unidad árabe de destino» que quería ser la RAU. Finalmente, la experiencia terminó en el año 1961, sin que Nasser hiciera nada por evitarlo, volviéndose hacia una política de socialismo árabe sancionada por la «Unión Socialista Árabe», nombre que tomó entonces el partido único de la RAU, que ya no la formaban más que Egipto.

En el año 1963, fracasaban las negociaciones para llegar a una federación entre Egipto, Siria e Irak, lo mismo que ocurrió en el año 1971 con la de Egipto, Siria y Libia, llegando a ponerse de manifiesto que tales intentos no habían sido más que juegos de intereses enmascarados, de personas o Estados, para aprovechar la idea del arabismo como medio de alcanzar fines de influencia política y lograr la hegemonía en la región.

Entre los años 1961 y 1967, Egipto apoyó a los guerrilleros republicanos del Yemen contra una dinastía apoyada por Arabia Saudí, y, en el año 1964, tiene lugar la alianza con la URSS, en la época Kruschef, con la consiguiente liberación de todos los comunistas egipcios detenidos, correspondiendo ahora el paso de las detenciones a los «Hermanos Musulmanes», particularmente en los años 1965 y 1966. Y si bien, de 1964 a 1967 se realizan varias cumbres árabes contra los antinasseritas —Hussein de Jordania, y Burguiba, particularmente— y también contra el belicismo de Siria frente a Israel, la catástrofe militar de junio del año 1967, frente a los israelíes, marcó los funerales del nasserismo y del panarabismo que se dejan oír más claramente en el Tratado de Paz egipcio-israelí de 1979 y en la expansión del fundamentalismo islámico, impulsado por Jomeini en el decenio de los años 1980. Las sacudidas finales se dejarían sentir con el terreno árabe de la guerra del Golfo, de 1990-1991.

Entre julio de 1967 y octubre de 1981, el nasserismo se replegó sobre Egipto y sobre la cultura islámica: primeramente negociaciones con Israel, anteriores y posteriores a una guerra de desgaste —1968-1970—, guerra de octubre de 1973, hasta llegar a los Acuerdos de Camp David —20 de septiembre de 1978— y Tratado de Paz, en marzo de 1979. Cuando Sadat sucedió a Nasser, se ligó definitivamente con Estados Unidos y dio un giro liberal a la política y economía egipcias, entre los años 1974 y 1980. Su asesinato, el 6 de octubre de 1981, por soldados extremistas del grupo *Yijad*, eleva al poder a Mubarak, quien terminó de establecer un régimen teñido de democracia, estimulando las privatizaciones y liberalizando la economía.

Hasta su fallecimiento, por lo menos, duró el entusiasmo de los pueblos árabes por el liderazgo panárabe de Nasser.

Influencia del nacionalismo y el socialismo

Se recordará que Sati Husri ya había pedido a Egipto que se pusiera al frente del movimiento unitario árabe, pensando en este país como el poder regional hegemónico sobre toda la zona habitada por los árabes que realizara un panarabismo laico, y que este caudillaje no fue aceptado por los egipcios. Prueba de esta renuncia es que el Partido Nacionalista egipcio, el Wafd, que tuvo el poder en sus manos de 1919 a 1953, luchó por la independencia sin mencionar para nada el panarabismo en sus programas.

Por el contrario, la corriente unitaria buscó más bien su apoyo en el panislamismo, desde la «Carta a la Puerta», de Jamal Eddine Afgani, en el año 1878, al sultán turco, hasta sus discípulos Muhammed Abduh, fallecido en 1935, profesor de la Universidad islámica Al-Azhar, en el Cairo, y Rachid Rida, fallecido en el año 1935, precursor de los «Hermanos Musulmanes», que asocia el panarabismo al reformismo islámico.

El tema de califato, abolido en el año 1924 por Kemal Ataturk dominaba las esferas políticas del mundo musulmán. Unos apoyaban a Hussein, héroe de la revuelta árabe de 1916-1918, como nuevo califa; otros, siguen a Abd Al-Aziz Ibn Saud, recién nombrado rey de Arabia Saudí. Finalmente, también ambiciona el califato panislámico el entonces rey de Egipto, independiente como país desde 1922. Pero, el tema sigue sin resolver hasta hoy cuando Egipto ofrece poco sentimiento panarabista y sí existe, en cambio, una especie de nacionalismo panislámico moderado al lado de un vigoroso patriotismo egipcio de tendencia secularizante, constitucionalista y liberal. En este ambiente, Lufti Al-Sayyid sostiene la posición de mínima ingerencia del Estado en la vida civil y el máximo apartamiento, tanto del panarabismo como del panislamismo, por considerar que uno u otro pueden representar un peligro para el pleno ejercicio de las libertades interiores.

No obstante, desde fines de los años 1930, dominado aún por Gran Bretaña, Egipto se orienta hacia un régimen absolutista y hacia un cierto grado de unión panárabe entre miembros soberanos, dando origen en el año 1945, a la creación de la Liga Árabe, mediante un pacto inicialmente suscrito, el 22 de marzo de dicho año, entre Siria, Transjordania, Irak, Arabia Saudí, Líbano, Yemen y Egipto, cuya sede permanente se establecía en el Cairo y que, según el artículo 2 de su texto:

«Tiene como propósito el fortalecimiento de las relaciones entre los Estados miembros; la coordinación de su política con el fin de lograr la cooperación general en los asuntos e intereses de las naciones árabes. Es también su propósito la estrecha cooperación general de los miembros, con la debida consideración a la organización y circunstancias de cada Estado sobre las materias siguientes: asuntos económicos y financieros, comunicaciones, asuntos culturales, nacionalidad, asuntos sociales y sanidad».

Y cuyo artículo 8 establece que:

«Cada Estado miembro respetará los sistemas de gobierno establecidos en los otros Estados miembros y los considerará de la exclusiva incumbencia de esos Estados».

Puede decirse que se cree algo muy distinto a una federación o un Estado unificado, a pesar de la buena voluntad momentánea de Siria e Irak, pero que contrariaba los deseos del Líbano y Arabia Saudí.

Sobre esta organización ejerció Nasser su influencia y proyectó sus intentos de hacer de ella la base de una república árabe unida, confirmando la teoría de Sati Husri, fallecido en el Cairo en 1963, cuando dirigía un centro árabe de estudios sobre la construcción de la buscada unidad a cargo de una nación árabe que se impusiera hegemónicamente sobre las demás, imitando los casos de Prusia y el Piamonte. Para ello, Nasser, en *Filosofía de la revolución*, escrita en 1953, explica la inevitabilidad de la medida condicionante previa y su esfuerzo policiaco en el interior de Egipto al que asignada todavía funciones modestas en el mundo árabe. Más tarde, en el año 1962, en la «Carta de Acción Nacional», tras la separación siria de la RAU, expuso el inevitable carácter del socialismo estatal egipcio, modelo que debía imponerse en el mundo árabe.

Desde luego, es difícil creer en la convicción personal panárabe de Nasser, pero de lo que no cabe duda es que, a partir del año 1956, momento de la nacionalización del Canal, se convirtió en el hombre del nacionalismo popular árabe, aunque no hay que olvidar que si entonces adopta un lenguaje panárabe es para aprovecharse de éste y ponerlo al servicio del «imperialismo» egipcio, incluso durante la unión con Siria, entre los años 1958 y 1961, que tuvo inicialmente un carácter moderado para ser francamente declarado, precisamente a partir de 1961, al terminar la corta vida de la unión. La «Carta de Acción Nacional», de 1962, cuando ya la RAU era solamente Egipto, presenta a éste como un Estado vanguardia y fortaleza de la lucha árabe progresista, que intenta favorecer los intereses de todos los ciudadanos árabes.

Por su parte, los baasistas no dejan de cuestionar el panarabismo de Nasser, en el cual, hasta finales del año 1955, no ven más que al dirigente de un golpe militar, sin conexión con el arabismo, con la excepción de Akram Hurani, ferviente partidario del presidente egipcio, hasta el año 1959. De otro lado, Aflaq criticaba aún, en el año 1956, la tendencia dictatorial de la nueva Constitución egipcia, y entre los años 1951 y 1965 son numerosos los escritos de inspiración baasista que imputan a Nasser falta de fe en el panarabismo.

Arabistas rigurosos, como Aflaq y Bitar afirmaron que, en los años 1955 y 1956, Nasser pasó con éxito la prueba del nacionalismo árabe, y el primero consideró que el mismo día de la celebración de la unión sirio-egipcia, Nasser dispuso desde este momento de una filosofía política que sería aplicable y difundida por el partido único de la RAU: la Unidad Nacional que sustituiría al Baas, autodisuelto, según exigencias de Nasser, cuya manera de pensar y actuar era otra pues para él, la unión era una verdadera fusión, casi un invasión de Siria por los egipcios en la que la integración de las Fuerzas Armadas sirio-egipcias se convertía en objetivo principal.

Si en aquellos momentos Irak se hubiera incorporado a la naciente RAU, quizá hubiera podido equilibrar el predominio egipcio, pero Kassem, que sustituyó al Rey, en julio de 1958, rechazó la incorporación al RAU y aceptó el apoyo soviético, lo que le permitía contrarrestar la revolución nasserita y separar a Siria de Egipto, cosa que se materializó el 28 de septiembre de 1961.

Aún quedaban por tener lugar dos acontecimientos destacados para el movimiento panárabe: el contencioso con Israel y la intervención en el Yemen. La guerra de 1967 con

Israel vino precedida por una lucha encubierta entre el Cairo y Damasco en la que estaba en juego la unidad árabe, sin que ninguna de las dos partes citadas tuviera mucho interés en asumir la dirección clara y abierta, aunque aparentasen todo lo contrario. A esta situación puso punto final la guerra de junio de 1967. También en el Yemen, en septiembre de 1962, Nasser amparado en su espíritu rector del mundo árabe, siguiendo la «Carta» del mismo año, se lanzó en apoyo de los republicanos yemenitas quienes, receloso de las tendencias hegemónicas nasserianas, llevan a Egipto al fracaso en sus intentos, repitiéndose así el fenómeno presenciado en Siria.

Después, los intentos de fusión entre Egipto, Libia y Sudán en 1969-1971, y entre Egipto y Libia, en 1972-1973, no fueron más que intentos llevados sin ilusión que a nada condujeron.

El socialismo árabe en que se apoyaba Nasser se calificaba de cooperativista, además de árabe, y se presentaba en la «Carta de Acción Nacional» como la edificación de una sociedad fundamentada en la prosperidad y la justicia social, en el trabajo y en la igualdad de oportunidades para todos, en la producción y en los servicios generales; es decir, registra la existencia de la lucha de clases y se impone darle una solución reduciéndola a un choque entre la gran burguesía rústica y la clase de los trabajadores, en la cual entran todos los asalariados de cualquier tipo, y de la misma manera que el panarabismo es consustancial al hombre árabe, el socialismo del mundo árabe es también esencialmente árabe. En este tipo de socialismo tiene un gran protagonismo la planificación estatal mediante la cual se realiza el dominio del pueblo sobre los medios de producción, sosteniendo los nasseristas que el socialismo de la nación árabe, teniendo su modelo en Egipto, llevará a la unión de las repúblicas árabes socialistas un gobierno central fuerte que aplicará los planes económicos y socializará todos los medios de producción de que se disponen en la región.

El posnacionalismo

La derrota del año 1967 puso de manifiesto la impotencia de las fuerzas progresistas árabes y acabó con los intentos de reestructuración de los países del mundo árabe en una gran unión, sin que fueran capaces ni siquiera de resolver el primer experimento real y no retórico, como fue el de la unión sirio-egipcia de 1958-1961. La muerte de Nasser en el año 1970, marcó el final de un ciclo que se inició en el siglo XIX, tuvo *siu cenit* en 1950 y 1960, con descenso en el año 1970 y su conclusión en el año 1990, con los Acuerdos de Camp David y la guerra del Golfo de 1991, que dio la puntilla al concepto dejándolo inhábil para subsistir hoy día como apoyo de una importante fuerza política. Para llegar a esta situación fue preciso comprobar que el panarabismo nunca tuvo una ideología global con estructura de pensamiento y acción, apoyándose casi exclusivamente en algunas nociones generales de herencia e identidad cultural, con olvido de la realidad dominante en el Oriente Medio.

Todo esto en un ambiente de división ideológica dentro del campo que pretendía imponer el panarabismo, que consumió sus energías e hizo olvidar la aplicación de urgentes e indispensables reformas económicas y sociales internas, estimulando la aparición y desarrollo de regímenes autoritarios que, bajo la capa y fachada del objetivo común del

panarabismo sólo pretendieron conquistar posiciones hegemónicas y, mediante ellas, la consecución de fines y objetivos limitados a sus intereses inmediatos, en el exterior, y crear estructuras de poder centralizado, en el interior.

Después de percibidas las primeras desilusiones, actualmente la ideología panárabe, carente por completo de celo, no tiene ni dispone de una figura carismática que aglutine al mundo árabe en un objetivo unitario, no habiendo surgido en los últimos años más que la figura pasajera y sin atractivo suficiente del coronel Gaddafi, sin condiciones para dirigir un movimiento tan difícil de agrupar y tan escaso de motivaciones actuales como es el panárabe. Por el contrario, Anuar el Sadat y Mubarak, en Egipto, y Hafiz Al-Assad, en Siria, aplicando planes pragmáticos en sus respectivos países y en su política exterior, han pretendido reforzar sus regímenes, moviéndose dentro de los intereses de sus propias sociedades. En Egipto, Sadat desnasserizando a su país y liberándole de su «miopía» ideológica se alineó con Occidente a través de Camp David (1958) y firmando el Tratado de Paz, de 1979, con Israel, con lo cual se alejó de uno de los fines básicos perseguidos por el arabismo: la derrota de Israel y defensa de los intereses palestinos.

Assad, de Siria, ha venido buscando, desde su subida al poder en el año 1979, asegurar el predominio de su comunidad alauita de origen, que constituye solamente el 13 por 100 del total de la población siria, garantizar los intereses nacionales y ampliar su hegemonía sobre el Líbano. Hoy, bajo el clan alauita, el país tiene un ejército, un partido político, una burocracia y unas fuerzas de seguridad que tienen su fija preocupación en reforzar la posición regional de Siria, como se puso de manifiesto cuando este país se puso al lado de Irán, en la guerra de éste contra Irak, y al de la coalición dirigida por Estados Unidos en la guerra del Golfo, en 1990-1991.

Por parte de Irak, el Partido Baas desde que se instaló en el poder en el año 1968, viene rigiendo un país que se presenta actualmente como uno de los más centralizados, política y económicamente, en el Oriente Medio, también dominado por un grupo minoritario de la tribu *tikrit*, a la cual pertenece Saddam Hussein, su dirigente que, con su política expansionista es lo más alejado de un panarabismo realista.

Ante estos hechos, y con el enorme crecimiento económico disfrutado, a partir del año 1970, por los países árabes productores de petróleo, ha ido perdiendo fuerza el panarabismo, al cual estas nuevas y poderosas fuerzas económicas consideran como un factor que frena su propio desarrollo, incluso su seguridad, de donde sus planes de fomento de los nacionalismos delimitados en sus fronteras y la solidaridad regional entre los diferentes Estados.

La guerra del Golfo ha puesto punto final a la ideología panárabe, en lo que hay que destacar la alianza de buen número de países árabes con las potencias occidentales en la coalición antihusseinita, con lo que aquellos países demostraron la importancia y orientación que daban a sus propios problemas de seguridad, legitimidad e intereses nacionales.

Nada más lejos que pensar hoy en la existencia de una solidaridad o espíritu colectivo árabe para la defensa y acción en las causas calificadas de panárabes, como lo han puesto de relieve la falta de coordinación entre palestinos y Estados árabes en las actuales conversaciones de paz en el Oriente Medio y, en cambio, la colaboración de esos mismos Estados, incluyendo a Siria, en el boicoteo impuesto a Libia, en abril de 1992, por

no acceder a las peticiones de la ONU de entregar a los dos sospechosos libios del atentado de Lockerbie contra un avión USA, en 1988, que causó 270 víctimas mortales, contra el que no sirvieron de nada las llamadas de Gaddafi a la solidaridad árabe. En esta ocasión, los Estados árabes actuaron de acuerdo con los intereses de la comunidad internacional, aislando a un régimen árabe que se había puesto fuera de la Ley.

Muy recientemente, se ha tendido a identificar las aspiraciones de unidad superestatal no con arabismo sino con el islamismo, como fuente de identidad comunitaria y remedio a los males dominantes. Así pues, el vacío dejado por el declive del panarabismo actualmente se quiere llenar entre estas dos tendencias: de una parte, el modernismo, que propugna una estructura estatal secular, alejado de toda idea comunitaria, y el islamismo que se inclina por otra con base religiosa, apoyada en la universalidad del islam, que repele todo nacionalismo.

Todo lleva a suponer que, desaparecida la ideología nacionalista panárabe, se va a desembocar en un sistema más realista, dando prioridad a los intereses estatales y primacía a la solución de las condiciones económicas y demográficas del mundo árabe, caracterizadas por las dificultades de la crisis económica actual y descenso del producto interior nacional en la mayoría de los países árabes, acompañadas de una grave explosión demográfica que se espera resulte en una población global de 500 millones para el año 2.000. La Declaración de Damasco, de marzo de 1991, rechazando la idea de explotación de los recursos de la zona en una asociación árabe, firmada por Siria, Egipto y los seis países del Consejo de Cooperación del Golfo, proclamando los derechos de cada Estado árabe a sus recursos naturales es buena muestra de la situación prevaleciente.